



**INTERVENCIÓN DE ISABEL DÍAZ AYUSO,  
PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID,  
EN LA INAUGURACIÓN DEL NACIMIENTO DE LA REAL CASA DE CORREOS**

Madrid, 30 de noviembre de 2023

Bienvenidos un año más a una de las citas que más nos conmueven en el Gobierno de la Comunidad de Madrid: presentar la Navidad en Sol y su tradicional Belén. Una joya que cada año se supera, hecha con todo el cariño por la Asociación de Belenistas de Madrid, preparado durante largos meses montado aquí durante casi las 24 horas de una larga semana. No es de extrañar que sea uno de los más visitados de toda España.

Es un Belén muy especial que acogemos con la ilusión de saber que cada año, decenas de miles de personas harán cola con las ganas de verlo con sus nietos, con sus padres, sus amigos, o solos.

Y que durante unos minutos disfrutarán de esta magnífica obra y, especialmente, del verdadero sentido de la Navidad. Nada nos gusta más que contemplar las caras de los visitantes al salir. Y que lo hagan con una sonrisa y dejándonos claro que, por lo tanto, cualquier dificultad, cualquier penuria se queda en un segundo plano. Es un sentimiento indescriptible.

Este año el tradicional Belén de la Real Casa de Correos es un homenaje al nacimiento que San Francisco de Asís, patrón de los violinistas, creó en la gruta de Greccio, en Italia, en la noche de la Navidad de 1223 y del que se cumplen 800 años. Esta obra es historia y tradición al servicio de todos los visitantes.

Se trata del montaje más grande construido hasta el momento. Se eleva sobre una plataforma de 280 m<sup>2</sup> con cerca de 400 figuras.

35 voluntarios de la asociación de belenistas de Madrid llevan sin descanso 6 días montando esta espectacular e innovadora propuesta.

A todos: gracias. Gracias por vuestra dedicación, entrega y cariño. Esta magnífica obra cumple 21 años en esta casa, en la casa de todos. Y deseo que por muchos años



más, todos los ciudadanos puedan seguir acudiendo a esta cita que se ha convertido en tradición para tantos madrileños de nacimiento, adopción y visitantes.

Un año más nos encontramos ante uno de los nacimientos más bonitos del mundo, montado con más cariño y con más arte. De nuevo vendrán a ver su Belén todos los madrileños y todos los que nos visitan por Navidad.

No todas las escenas tradicionales del Nacimiento son bonitas y pacíficas. Entre ellas hay una terrible: la matanza de los santos inocentes dirigida por Herodes: esos inocentes son los niños más pequeños, degollados junto con sus madres que intentaban protegerlos, en la calle o en sus casas.

Por desgracia, las guerras siguen entre nosotros, nos apagan y entristecen como hombres.

Y hoy como entonces nos preguntamos el porqué del mal. La respuesta la tenemos en el Niño Dios, cuyo nacimiento recordamos aquí y en tantos lugares cada año por Navidad.

Jesús trae un mensaje de esperanza y de confianza. Incluso en medio de los actos más atroces, su mensaje fue revolucionario, un antes y un después en la Historia de la Humanidad: “Amaos los unos a los otros”.

Nuestras raíces católicas, universales, nos recuerdan que los hombres nacemos, ante todo, libres. Esa es la clave de la civilización cristiana: el hombre es libre hasta para decirle a Dios que no, incluso para el mal más absoluto que supone el terrorismo.

Pero ahí se encuentra también nuestra esperanza: si somos libres para hacer lo peor, también lo somos para hacer lo mejor, para hacer el bien, e incluso ser héroes.

Es precisamente en los momentos más difíciles cuando se nos pone a prueba y tenemos que ser fuertes, mirar dentro de nosotros mismos y encontrar ese sentimiento que no se explica con palabras pero que mueve el mundo. Es el amor y la esperanza, que extraen lo mejor de nosotros para seguir viviendo con nuestra mejor versión.

Cuanto más odio, más amor. Cuanta más ira, respondemos con grandeza.



Es evidente que no estamos pasando momentos fáciles. Nunca lo fueron, pero ahora nuestra vida en común se ha complicado mucho. Y por eso es cuando pido ser esa mejor versión de nosotros mismos y no perder nunca la fe y la esperanza en el milagro de la vida, que empieza cada mañana. Hemos de saber que todos somos únicos e insustituibles, que como vienen las dificultades vienen las alegrías. Y que al final, todo saldrá bien.

Y no estamos solos. El humanismo cristiano, que fundamenta nuestra democracia liberal, sostiene que todos somos responsables los unos de los otros, y por eso nos protegemos, cuidamos, y no dejamos a nadie atrás. Responsabilidad es libertad.

El Niño Dios que nace en Belén nos hizo la promesa de libertad que trae la cultura cristiana, la más profunda de la Historia.

Esperanza y confianza, respeto por la vida, compromiso de cuidarnos unos a otros, eso simboliza este Nacimiento.

Por eso es un buen momento para recordar y agradecer a los que nos cuidan y nos protegen, patrullando las calles o de guardia en los hospitales, o a tantas madres, padres, abuelos, profesores, cuidadores, vecinos y amigos.

Y de dar las gracias por vivir en un Estado de derecho que nace de esa forma de ver la vida, hija de Grecia, de Roma y de la cultura judeo-cristiana. Una perspectiva cristiana que nos hace ser conscientes de que nada de lo que les ocurra a otros hombres nos es ajeno. Y nos deja la promesa de la resurrección, de que la muerte no es el final.

Da igual que se tenga fe o no, porque tenemos la libertad de creer lo que queramos; basta ser herederos de esta cultura y saber dejarla en herencia a los que vengan luego.

Por eso, en cada Nacimiento recordamos el comienzo de Occidente, que estará siempre al servicio de la vida, de la libertad y la dignidad humana en el mundo, o dejará de ser Occidente. Que se basará en la libertad y el respeto a la ley. Que cree que cada vida es un tesoro, y ha de cultivar el amor propio y el amor por el prójimo, que es el próximo.

A pesar de todo lo malo que ocurre, de que falten niños en el mundo, y de los peligros que nos acechan, es mucho más lo bueno que nos rodea, y la vida es, cada día, un regalo.



Lo recordamos especialmente en Navidad, en familia, con amigos, en las calles de cada pueblo y ciudad. Porque estos días son días también de reencuentro, especialmente entre generaciones, entre niños y abuelos. Momentos para volver a los sitios donde fuimos felices, para recuperar lo mejor de nosotros mismos. Volver al origen, a la niñez, a recordar todos aquellos buenos consejos y gestos de cariño de que los que se nos fueron y que nos entregaron con tanto amor. Recuerdos inmateriales, limpios, auténticos. Que no pueden empañarse por el materialismo que en ocasiones nos nubla y nos impide disfrutar con plenitud de la Navidad. No perdamos su magia, volvamos a ser niños.

Tampoco perdamos la alegría, ni la confianza los unos en los otros. Eso quisieran los enemigos de todo lo que este Nacimiento y la Navidad representan.

Todos los madrileños y españoles de bien compartimos estos valores esenciales, aunque luego cada uno tenga sus ideas. La entrega, la caridad, el perdón, la tolerancia. Servir y amar. La verdad. El cariño por las cosas bien hechas en un momento en el que la zozobra pretende impregnarlo todo. El respeto por lo que nos rodea, sea conocido o ajeno. Dejar en herencia un mundo mejor a los que están por venir.

Y tampoco nos olvidamos de quienes están solos, de quienes sufren una enfermedad, de todos los cristianos perseguidos en el mundo. Como queremos recordar especialmente a quienes tuvieron que dejar a sus seres queridos y su tierra atrás, para ser un madrileño más entre nosotros.

Jesús no nació contra nadie: nació y nace para todos, hace unos dos mil años, bajo el signo de una estrella, para traer a todos la luz del amor y de la verdad.

El amor que nos hace dignos; la verdad que nos hace libres.

Feliz Navidad.